

Otros periódicos, sin mezclarse en su vida privada, hablaron solamente de la política y tomaron su defensa, ciñéndose, sin embargo, á lamentarse de la calumnia. Su amigo Manuel, redactor de un periódico cínico, trató de consolarle en estos términos: «Las manchas de la calumnia caen sobre los hombres políticos en la época de las elecciones, y siempre dejan algun vestigio sobre el que ha sido calumniado; pero para que triunfen los enemigos del pueblo no hay medio mejor que el de degradar al que les combate sin temor. A mí mismo no me faltan votos, á pesar de mi chochez y de mi afición á la botella. Dejad al Padre Duchesne y nombrad á Brissot, que vale más que yo». Marat, en *El Amigo del Pueblo*, hablaba de Brissot en términos ambiguos. «Jamás—decía—he visto en Brissot un patriota franco. Bien sea por ambicion, bien por bajeza, ello es que hasta aquí ha faltado á los deberes de un buen ciudadano. ¿Por qué ha tardado tanto en abandonar á ese general hipócrita? ¿Por qué ha comido hasta ahora en el mismo plato de Lafayette? ¡Pobre Brissot! Ahora eres víctima de la perfidia de un criado de palacio y de un cobarde traidor. ¡Cómo ha de ser! Ten paciencia, pobre amigo mio, porque la suerte que ahora te cabe es la que está reservada á todos los hombres tan indecisos como tú. Has disgustado á todo el mundo, y nunca serás nada. Si aún te queda algun sentimiento de dignidad, apresúrate á hacer que tu nombre sea borrado de la lista de candidatos para la próxima legislatura.» De este modo, y siendo objeto de befa para ambos partidos, se presentaba por primera vez en la escena política este hombre, que hacía vanos esfuerzos por apartar de sí el desprecio que habian hecho recaer sobre su nombre las faltas de su juventud, para entrar en la austeridad de un nuevo é importante papel político, apareciendo como un hombre medio intrigante y medio virtuoso. Brissot, que habia de ser con el tiempo el centro de union de los girondinos, revelaba ya entónces en su carácter todo lo que se desarrolló más tarde en los destinos de su partido, porque reunia á la intriga del patriotismo la estoica serenidad del mártir.

Entre los candidatos por Paris descollaba Pastoret, hijo del Mediodía, aunque prudente y astuto como los hombres del Norte, que, bien quisto con todos los partidos, ofrecia garantías suficientes á la revolucion, sin dejar por eso de manifestar una adhesion secreta al rey, que le mantenía en su confianza. Llevado de aquí para allá por el favor de estas dos opiniones, su talento le impulsaba á buscar fortuna, pero sin salirse jamás de los límites de la honradez. Los otros eran Lacede, Cerutti, Herault de Sechelles y Gouvion, ayudante de campo de Lafayette. Las elecciones del departamento llamaron poco la atencion, porque todas las notabilidades pertenecian á la Asamblea nacional; por consiguiente, el ostracismo que ésta se habia impuesto dejaba el campo expedito á los talentos de segundo orden. Unos hombres desconocidos todavía no podian entusiasmar á nadie, y el público tenia fija la atencion en los nombres que iban á desaparecer de la escena política. Un país nunca adquiere dos nombradías, y la de Francia desaparecia con los miembros de la Asamblea que iba á disolverse, para que surgiese otra Francia enteramente distinta de la anterior.

## LIBRO CUARTO.

Diputacion de la Gironda.—Agitacion de los clubs.—Oradores al aire libre.—Traslacion de las cenizas de Voltaire al Panteon.—Juicio critico de sus obras y de su carácter.—Revision de la Constitucion por la Asamblea nacional.—El rey acepta la Constitucion.

### I

Presentiase entre tanto un nuevo movimiento político por el lado del Mediodía, y Burdeos estaba en fermentacion. El departamento de la Gironda acababa de crear de un golpe todo un partido político con el nombramiento de sus doce diputados. Este departamento, distante de Paris, iba á apoderarse de un solo golpe del imperio de la opinion y de la elocuencia. Los nombres oscuros hasta entónces de Ducos, de Guadet, de Grangeneuve, de Gensonné y de Vergniaud iban á hacerse célebres con las borrascosas desgracias de su patria. Estos hombres estaban destinados á imprimir en la revolucion, indecisa todavía, un movimiento que habia de precipitarla en la república. ¿Por qué habia de venir este impulso del departamento de la Gironda, y no de Paris? Arriesgado sería hacer otra cosa que meras conjeturas sobre este particular. Sin embargo, era más fácil que estallase el movimiento republicano en Burdeos que en Paris, en donde la presencia de la corte, y la continua accion que sobre la poblacion ejercia desde tiempos muy remotos, enervaban la independencia de los caracteres y la austeridad de los principios, que son las bases fundamentales del civismo. Los Estados del Languedoc y los hábitos consiguientes á una provincia administrada por sí misma, debian predisponer á los habitantes de la Gironda á tener un gobierno electivo y federativo.

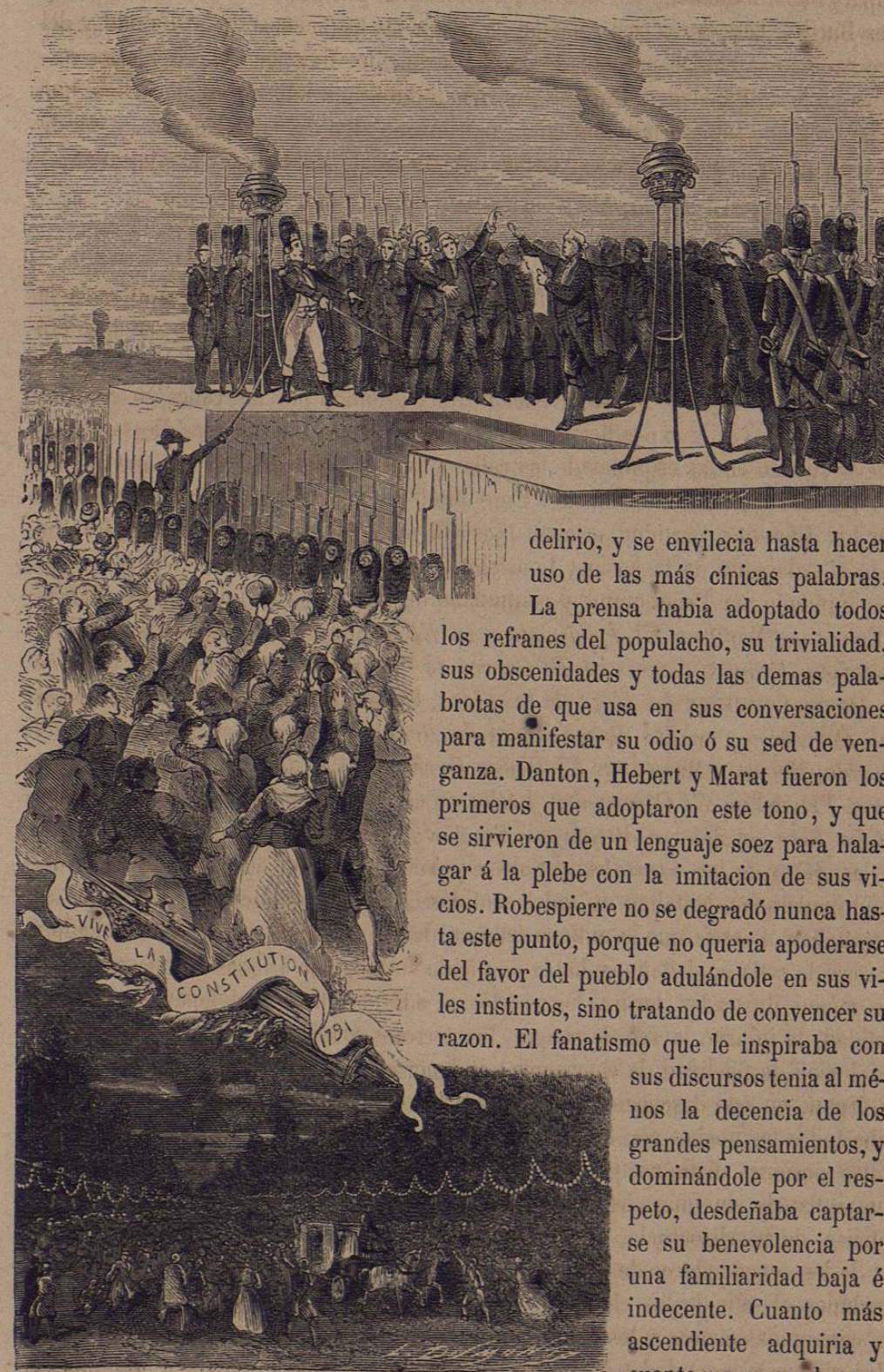
Burdeos era un país parlamentario. Los Parlamentos habian sostenido por todas partes el espíritu de resistencia, y aún habian creado muchas veces el espíritu de faccion contra la Corona. Burdeos era un pueblo comercial, que como todos los que se hallan en igual caso, amando la libertad por propio interes, concluyen por contraer el sentimiento de ella. Burdeos era una ciudad colonial y la grande escala de América en Francia. Las continuas relaciones entre su marina mercantil y los americanos habian introducido en la Gironda un gran entusiasmo por las instituciones liberales. Era, finalmente, Burdeos un país más á propósito y más expuesto á los rayos de la filosofía que el centro de Francia; así es que habia germinado allí sin ningun auxilio extraño ántes de germinar en Paris. Burdeos era la patria de Montaigne y de Montesquieu, primeros republicanos célebres del pensamiento frances. El uno habia sondeado libremente los dogmas religiosos; el otro habia penetrado en lo más recóndito de las instituciones políticas. El presidente



Dupaty había fomentado allí después el entusiasmo por la nueva filosofía. Era además Burdeos una tierra casi romana, en donde las tradiciones de la libertad y del foro romano se habían perpetuado en el Parlamento. Existían aún allí ciertos vestigios de la antigüedad, y Burdeos era más republicana aún en su elocuencia que en su opinión. Descubriábase aún en su patriotismo algo del énfasis latino, y era de esperar que la república naciese donde habían nacido Montaigne y Montesquieu.

## II

El momento de las elecciones fué la señal de un encarnizado combate entre la prensa periódica. El método ordinario de distribuir los periódicos no se consideró ya suficiente, por lo cual se encargó la dirección de la opinión pública á una porción de repartidores de nueva invención, que, gritando por las calles su contenido, hacían mayor la expención. Inventáronse además ciertos periódicos-carteles que se fijaban en las esquinas de las calles y plazas públicas, á fin de que el pueblo pudiese leerlos cómodamente. Unos oradores nómadas, inspirados ó pagados por los diferentes partidos, estaban fijos allí para comentar aquellos escritos con todo el calor que da la pasión. Loustalot en *Las Revoluciones de Paris*, periódico fundado por Prudhomme y continuado después por Chaumette y por Fabre-d'Eglantine, Marat en *El Publicista* y en *El Amigo del Pueblo*, Brissot en *El Patriota Frances*, Gorsas en *El Correo de Versalles*, Condorcet en la *Crónica de Paris*, Cerutti en *La Hoja de la Aldea*, Camilo Desmoulin en los *Discursos del Reverbero* y en *Las Revoluciones de Brabante*, Freron en *El Orador del Pueblo*, Hebert y Manuel en *El Padre Duchesne*, Carra en los *Anales Patrióticos*, Fleydel en *El Observador*, Laelos en el *Diario de los Jacobinos*, Fauchet en *La Boca de Hierro*, Royou en *El Amigo del Rey*, Champcenetz y Rivarol en las *Actas de los Apóstoles*, y Suleau y Andres Chenier en varias hojas realistas ó moderadas, agitaban en todos sentidos el espíritu público, cuyo dominio se disputaban. Parecía que la antigua tribuna de los romanos se había trasladado á la casa de cada ciudadano, y había enseñado su lenguaje á todas las clases, aun á las menos ilustradas. La ira, los recelos, el odio, la envidia, el fanatismo, la credulidad, la injuria, la sed de sangre, los terrores pánicos, la locura, la razón, la revolución, la fidelidad, la elocuencia y la ignorancia, cada una de estas cosas tenía su órgano en este descónjerto de todas las pasiones civiles. La ciudad se embriagaba todas las noches con los cálidos miasmas producidos por la fermentación de tantas pasiones distintas, y nadie trabajaba. La única ocupación del pueblo era una vigilancia sin intermisión sobre el trono y sobre las maquinaciones, reales ó ficticias, de la aristocracia, con lo que creía prevenirlas y salvar la patria. Los gritos de los revendedores de periódicos, las canciones patrióticas que cantaban los jacobinos al salir de los clubs, las reuniones tumultuosas, las convocatorias para las ceremonias cívicas y los terrores ficticios sobre la falta de subsistencias, tenían á las masas de la ciudad y de los arrabales en una continua agitación. La opinión pública no dejaba dormir á nadie. La indiferencia hubiese parecido traición, y era preciso ponerse furioso, ó al menos fingirlo, para estar á la altura del espíritu público. Cada nueva circunstancia aumentaba las pulsaciones de esta calentura, infiltrada por la prensa en todas las venas de la nación. Su lenguaje participaba del



Proclamación de la Constitución en el Campo de Marte.—Pag. 137.

delirio, y se envilecía hasta hacer uso de las más cínicas palabras. La prensa había adoptado todos los refranes del populacho, su trivialidad, sus obscenidades y todas las demás palabrotas de que usa en sus conversaciones para manifestar su odio ó su sed de venganza. Danton, Hebert y Marat fueron los primeros que adoptaron este tono, y que se sirvieron de un lenguaje soez para halagar á la plebe con la imitación de sus vicios. Robespierre no se degradó nunca hasta este punto, porque no quería apoderarse del favor del pueblo adulándole en sus viles instintos, sino tratando de convencer su razón. El fanatismo que le inspiraba con sus discursos tenía al menos la decencia de los grandes pensamientos, y dominándole por el respeto, desdeñaba captarse su benevolencia por una familiaridad baja é indecente. Cuanto más ascendiente adquiría y cuanto mayor era la confianza que en él tenían las masas, tanto más afectaba en sus palabras la elevación filosófica y el tono austero de un hombre de Estado. Conociábase en sus provocaciones, aun las más radicales, que, si trataba de



renovar el orden social, no queria, sin embargo, corromper sus elementos, porque á su modo de ver, existia gran diferencia entre emancipar el pueblo y degradarle.

## III

En esta misma época mandó la Asamblea nacional que las cenizas de Voltaire se trasladasen al Panteon. Así se vengaba la filosofía del anatema que habia caido sobre los restos mortales del innovador. El cuerpo de Voltaire habia sido llevado furtivamente, y en la misma noche de su fallecimiento, á la iglesia de la abadía de Sellieres, en Champaña, por un sobrino suyo. Cuando la nacion vendió aquella abadía, las ciudades de Troyes y Romilly se disputaron la gloria de poseer y de honrar los huesos del gran hombre del siglo. Paris, en donde Voltaire habia exhalado el último suspiro, reclamó sus derechos y pidió á la Asamblea que su cuerpo fuese depositado en el Panteon, que era la catedral de la filosofía. La Asamblea acogió gustosa esta idea, como un homenaje tributado á la libertad en la persona de uno de sus primeros y más distinguidos caudillos. «El pueblo le debe su libertad,—dijo Regnaud de Saint-Jean-d'Angely;—al ilustrarle le ha hecho conocer su poder, porque sólo se logra encadenar á las naciones cuando se hallan envueltas en las densas tinieblas de la ignorancia. En cuanto la luz de la razon les descubre lo vergonzoso que es llevar pacientemente las cadenas, se ruborizan de llevarlas y las hacen pedazos.»

El 11 de Julio, la municipalidad y el Consejo departamental, en traje de etiqueta, salieron hasta la barrera de Charenton á recibir el cuerpo de Voltaire. Interinamente fué depositado en el solar de la antigua Bastilla, como un conquistador sobre sus trofeos, y el féretro se colocó sobre un pedestal hecho con las piedras de los cimientos de aquel antiguo baluarte de la tiranía. Así triunfaba Voltaire, despues de muerto, de aquellas piedras que le habian guardado vivo. Sobre una de estas piedras habia una inscripcion concebida en estos términos: *Recibe en este sitio, en donde te encadenó el despotismo, los honores que te decreta tu patria.*

## IV

Al otro dia, en medio de un sol abrasador, un pueblo inmenso iba acompañando el carro triunfal que conducia los restos mortales de Voltaire. Iba tirado el carro por doce caballos blancos, colocados á cuatro de frente, ricamente enjaezados con oro y flores entrelazadas en las crines, y llevados por hombres vestidos con el antiguo traje que vemos en las medallas de los triunfadores. En este carro, y sobre un lecho fúnebre, iba el busto del filósofo. La Asamblea nacional y todas las demas autoridades precedian ó seguian el sarcófago. Las calles, las plazas, las ventanas, los tejados y hasta las ramas de los árboles, todo estaba cubierto de gente. Las miradas de todo el mundo se dirigian hácia el carro, porque la nueva idea conocia que su victoria era la que desfilaba delante de ella, y que la filosofía habia quedado dueña del campo de batalla.

Aunque todo este aparato era profano y teatral, leíase en todos los semblantes el recogimiento de la idea y el gozo interior de un triunfo intelectual. Abrian la marcha gruesos destacamentos de caballería, que parecia ponian sus armas al ser-

vicio de la inteligencia. Seguian las bandas de tambores con las cajas enlutadas, tocando marchas fúnebres, y á este ruido se unia el de las salvas de artillería hechas por las piezas que iban á retaguardia de toda la comitiva. Los alumnos de los colegios de Paris, las diferentes sociedades patrióticas, los batallones de la guardia nacional y los oficiales de la imprenta, así como los jornaleros que habian demolido la Bastilla, iban mezclados con el resto de la comitiva, llevando una imprenta ambulante, en la que se tiraban porcion de himnos y de otras canciones en loor de Voltaire. Los jornaleros de que hemos hablado llevaban tambien parte de las cadenas, grillos, cerrojos y demas efectos que se habian hallado en los calabozos de las prisiones del Estado; finalmente, otros llevaban en hombros los bustos coronados de Voltaire, de Rousseau y de Mirabeau, y tambien iba sobre unas parihuelas el proceso verbal de los electores del 89, de aquella egira de la insurreccion. Los ciudadanos del arrabal de San Antonio llevaban sobre otra parihuela un plano en relieve de la Bastilla, y la bandera arrancada de uno de los torreones, acompañando á estos hombres una jóven vestida de amazona, que habia peleado á su lado en el sitio de aquella plaza. Véanse por todas partes multitud de picas en cuyas puntas iba el gorro frigio, y en una de ellas un letrado que decia: *De este hierro nació la libertad.* Todos los actores y actrices de Paris seguian detras del busto de aquel cuyas inspiraciones habian interpretado por espacio de sesenta años. Los títulos de sus principales obras estaban escritos en las cuatro caras de una pirámide que representaba su inmortalidad. La estatua de Voltaire, dorada y coronada de laurel, era llevada en hombros de unos ciudadanos vestidos con los trajes propios de los pueblos y de las épocas cuyas costumbres habia descrito. En otra caja, tambien dorada, iban los sesenta tomos de sus obras. Los miembros de los cuerpos científicos y los de las academias más famosas del reino iban en torno de aquella arca de la filosofía, y un sinnúmero de orquestas, ambulantes las unas, y establecidas las otras en ciertos puntos de la carrera, saludaban al filósofo con himnos nacionales, lo que hacia crecer el entusiasmo en los espectadores. La comitiva se paraba delante de los principales teatros, en donde se entonaban himnos en loor de Voltaire.

En cuanto la comitiva llegó al muelle que lleva su nombre, se paró el carro frente á la casa de Mr. de Villette, en donde aquél habia muerto, y en la que estaba depositado su corazon. La fachada principal del edificio estaba adornada con guirnaldas de flores y coronas de rosas, y leíase en ella esta inscripcion: *Su espíritu está en todas partes, y su corazon aquí.* Unas jóvenes coronadas de flores y vestidas de blanco ocupaban las gradas de un anfiteatro preparado al intento delante de la casa. Madama de Villette, que miraba á Voltaire como á un segundo padre, estaba en medio de ellas, radiante de hermosura, y atravesando por medio de aquella reunion de bellas, cubierta de lágrimas, depositó sobre la frente del grande hombre la más hermosa de las coronas: la del amor filial. Al mismo tiempo resonaron, en medio de los aires de una música que tenia algo de religiosa, las estrofas compuestas por el poeta Chenier, hombre entusiasta por el filósofo cuando éste vivia, y que tributaba cierto culto á la memoria del gran genio despues que la muerte le habia hecho enmudecer. Madama de Villette y sus bellas acompañantes se incorporaron á la comitiva, precediendo al carro por aquellas calles sembradas de flores. El peristilo del Teatro Frances, que estaba entónces en el arrabal San



German, se había transformado en un arco triunfal, viéndose en todas sus columnas un medallón con letras doradas y el título de los mejores dramas de Voltaire. Delante del teatro había una estatua suya, en cuyo pedestal se leían estas palabras: *Compuso la Irene á los ochenta y tres años, y escribió el Edipo cuando sólo contaba diez y siete.*

Esta lucida y numerosa comitiva no llegó al Panteón hasta las diez de la noche, y el féretro fué colocado entre los de Descartes y Mirabeau, en un lugar preferente destinado á aquel genio intermediario entre la filosofía y la política, entre el pensamiento y la acción. Esta apoteosis de la filosofía moderna, en medio de los grandes sucesos que agitaban el espíritu público, demostraba suficientemente que la revolución se comprendía á sí misma, y que era la inauguración de los dos grandes principios representados por aquel ataúd: ¡inteligencia y libertad! La inteligencia era la que entraba triunfante sobre las ruinas de las preocupaciones de la cuna en la ciudad de Luis XIV. La libertad tomaba posesión de la ciudad y del templo de Santa Genoveva. Los féretros de los dos cultos y de las dos épocas iban á estar en pugna hasta dentro de sus sepulcros. La filosofía, tímida hasta entonces, revelaba ya su último pensamiento: hacer cambiar al siglo los objetos de su veneración.

## V

Voltaire, este genio escéptico de la nueva Francia, resumía admirablemente en sí en este momento las dobles pasiones del pueblo: la de destruir y la de innovar, la del odio á las preocupaciones y la del amor á las luces. Voltaire era la verdadera bandera de destrucción. Su talento, no el mayor, pero sí el más vasto de Francia, no ha sido juzgado hasta ahora sino por sus sectarios ó por sus detractores. La impiedad deificaba hasta sus mismos vicios, la superstición se cegaba hasta el extremo de anatematizar sus virtudes. Finalmente, cuando el despotismo volvió á entronizarse en Francia, conoció la precisión que tenía de desarraigar á Voltaire del espíritu nacional, para instalar de nuevo la tiranía. Napoleón pagó por espacio de muchos años una porción de periódicos y de escritores cuyo único objeto era desacreditar y negar el genio de Voltaire. Aborrecía su nombre, como la fuerza aborrece á la inteligencia, y no se contemplaba en completa seguridad en tanto que existiese el menor recuerdo de Voltaire. La tiranía cuenta como uno de sus primeros apoyos con las preocupaciones. La Iglesia, al restaurarse, tampoco podía consentir en que su nombre fuese glorioso para el pueblo, y si bien es cierto que tenía derecho para aborrecer á Voltaire, no le asistía ninguno para negar su talento.

Voltaire ha sido sin disputa el más poderoso entre todos los escritores de la Europa moderna, porque ninguno ha producido tanta agitación en los ánimos, sin más fuerzas que las de su voluntad y las de su talento. Su pluma obró una revolución completa en el mundo antiguo, é hizo temblar, no sólo al imperio de Carlomagno, sino al imperio casi europeo de la teocracia. Su genio no le constituía la fuerza, sino la luz, y Dios, que no le había destinado para abarcar los objetos, le había dotado de una claridad de entendimiento que parecía comunicarse á todos sus escritos. La razón, que no es sino una luz, debía empezar por hacer de él su númen, luego su apóstol, y finalmente su ídolo.

Voltaire era hijo del estado llano; nació en una calle oscura del antiguo París,

y en tanto que Luis XIV y Bossuet reinaban en Versalles, rodeados de las pompas del poder absoluto y del catolicismo, el Moisés de la impiedad iba erigiéndose y desarrollándose muy cerca de ellos, sin que nadie sospechase lo que había de llegar á ser con el tiempo. De este modo juega con los hombres el destino, sin que nadie sospeche el prestigio que puede alcanzar el individuo que más insignificante parece en la sociedad. Estaban en su mayor apogeo el trono y el altar en aquella época en que, rigiendo los destinos de Francia el duque de Orleans, un vicio reemplazaba á otro vicio, y la debilidad sustituía al orgullo. Los vicios de la corte eran dulces y fáciles, porque la corrupción iba desarrollándose, y el desenfreno había ocupado el puesto de la austeridad monacal de los últimos años, dirigido por Le-



El rey sale de la Asamblea nacional.—Pág. 139.

tellier y madama de Maintenon. Voltaire, precoz en audacia y en talento, juguetaba ya con las armas del pensamiento, que tan temible le habían de hacer en lo sucesivo, y el regente, que ni siquiera podía sospechar en ello el menor peligro, le dejaba escribir, contentándose con reprenderle severamente, por fórmula, su excesiva osadía, que no dejaba de causarle cierta complacencia, aún en el mismo momento en que la castigaba. La incredulidad de la época provenía más bien del desarreglo de las costumbres que de un examen reflexivo sobre la independencia del pensamiento; mejor podía llamarse libertinaje que consecuencia de las convicciones interiores. La irreligión de aquella época era viciosa, carácter que conservó siempre la de Voltaire. Valiéndose de la burla y despreciando las cosas más sagradas, cosas que, aún cuando se trate de destruirlas, deben mirarse con respeto, fué como empezó Voltaire á darse á conocer. Así tuvieron origen la ligereza, la ironía y aún el cinismo de que hizo gala en sus escritos y de palabra aquel apóstol de la razón. El viaje que hizo á Inglaterra le confirmó más en sus instintos de incredulidad, porque así como en Francia no había conocido más que libertinos de